

la crónica histórico-cultural de la realidad que Valle Inclán se propuso interpretar.

The Univ. of Nebraska at Lincoln ADELAIDA LÓPEZ DE MARTÍNEZ

José Antonio Piqueras Arenas. *El taller y la escuela*, estudio preliminar de Enric Sebastià Domingo, Madrid, Siglo XXI/IVEL, 1988, 219 pp.

El proceso revolucionario burgués, iniciado en España en 1808, mostró escasa receptividad al asunto de la educación popular pese a que de ella dependía en gran manera el respaldo social e ideológico que la clase burguesa necesitaba de los trabajadores para su desarrollo y asentamiento. La revolución liberal española produjo, fruto de sus contradicciones, generaciones de hombres ignorantes a lo largo del XIX. El autor de *El taller y la escuela* constata que inicialmente la transformación capitalista del país no reclamaba la necesidad de trabajadores instruidos «por más que la pretensión de convertir a los asalariados en ciudadanos hiciera aconsejable proporcionar cierta educación».

Hay que entrar de lleno en la segunda mitad del siglo, en torno al mítico 68, para registrar una intensificada voluntad de recuperar educativamente al trabajador bien para asociarlo a los intereses de la ideología dominante, bien para abrirle el camino a una vida más consciente. *Integrar* o *emancipar* son los opuestos móviles que impulsan diversas iniciativas institucionales, religioso-morales o laicas. Dualismo que se fragmentará más en el sector progresista donde acabarían pugnando el «pietismo» de quienes proponían una educación intelectual e inmanente destinada a arrancar a los trabajadores de las garras de la ignorancia, y el convencimiento, por otro lado, de que la educación era el instrumento fundamental de la emancipación social mediante el desarrollo de la conciencia revolucionaria.

José Antonio Piqueras, que no ignora los trabajos historiográficos en este campo de Antonio Viñao, Pere Solà, Ruiz Berrio y Puelles Benítez, así como los sociológicos de Fernández Enguita, se ocupa de describir y valorar el caso valenciano, sabe-

dor de «que la historia acontece siempre dentro de unos límites pero las conclusiones a que puede dar lugar su reconstrucción científica, si ésta no es meramente anecdótica, habrán de tenerse por expresión *particular* de un fenómeno o manifestación *general*» (pp. 25-26).

El taller y la escuela —versión revisada y ampliada de la inasequible edición publicada por el Ayuntamiento de Valencia en 1983— contempla detenidamente los rasgos que van definiendo el oficio docente a partir de 1834, desde su aspecto formativo con la creación de las Escuelas Normales, hasta su valoración sociológica —extracción social del maestro, inestabilidad profesional, desatención de las instituciones, ineficacia legislativa y de los controles ideológicos— que, en conjunto, dan como resultado la desconsideración social del educador, frustrado entre su pobreza y su inoperancia. Piqueras dedica especial atención al papel de la mujer en la enseñanza, cuyo acceso al magisterio se produce no por la vía de la integración democrática sino por la más tortuosa de la discriminación sexual. Una educación particularizada en la práctica, ajena a toda idea de coeducación igualitaria que —según aprecia el autor— se impone a las tímidas previsiones del poder burgués obligado en teoría a proponer un modelo integrador sin menoscabo de sus propios intereses de clase y al menor coste posible. Paradójicamente el crecimiento de las escuelas de niñas en Valencia en el último tramo del siglo XIX resulta espectacular y llega casi a duplicar el número de niños escolarizados como consecuencia de la proletarización infantil.

Examina Piqueras en las partes 2.^a y 3.^a de su libro de relaciones entre los sectores más dinámicos de la clase dominante y los trabajadores a la luz del pensamiento, intereses e iniciativas educativas de aquéllos y de la demanda de instrucción de éstos. Con referencia a la actitud «pietista» burguesa registra una significativa inflexión evolutiva a partir de la consolidación del sistema liberal-capitalista, traspasada la inicial motivación religioso-caritativa para responder —más o menos conscientemente— a una necesidad clasista de autoprotección conforme se va desarrollando la conciencia proletaria. El «pietismo» burgués recurre a la educación oral que en el caso español —salvo contadas excepciones— «no será otra cosa que el intento de adecuación del

modo de vida de los principios dictados por la religión católica» (p. 79). La base ideológica de esta actitud se sustenta en prejuicios autoestimativos de clase que en la mente burguesa se configuran mediante una concepción del obrero como un ser vicioso, ignorante y brutal al que hay que redimir y contraponer.

Revisa el autor la índole de diversas propuestas educativas burguesas producidas durante el sexenio democrático y en los años de la Restauración alfonsina. La educación moral del trabajador en este último período cae bajo el control valenciano de la I.L.E., inspirado inicialmente por Eduardo Pérez Pujol, que enriquece el «pietismo» educativo burgués con notas de progreso, laicismo y voluntad de reforzar los valores sociales de la ciudadanía. En el plano técnico se proponía ante todo la difusión de explicaciones racionales y métodos artesanales perfeccionados con destino a la mejora de la producción en los oficios preindustriales.

En cuanto a la demanda de instrucción de los trabajadores revela Piqueras hasta qué punto viene condicionada por la relación entre desarrollo económico y cualificación (o descualificación) de las fuerzas productivas en un marco de división del trabajo. Aunque el valor y la mecanización se abren paso con vacilaciones entre el trabajo artesanal y el arraigo del *putting-out-system*, el deseo de perfeccionamiento técnico de los artesanos contribuye a preparar el camino de la industrialización a principios del siglo XX y justifica la implantación de establecimientos educativos destinados a la cualificación laboral (Escuela de artesanos en Valencia, Escuela Industrial de Alcoy, escuelas de adultos o enseñanzas comerciales) que el autor describe detenidamente en su funcionamiento, contenido y alcance ideológico.

No olvida Piqueras el examen del laicismo presente en la enseñanza del obrero desde 1870, impulsado por el internacionalismo anarquista y adoptado por socialistas y republicanos progresistas, que vino a constituirse en movimiento precursor del racionalismo pedagógico de los primeros años del nuevo siglo y que si no iba a conducir a una emancipación obrera sí «se reveló al menos como una conquista en el camino del conocimiento» (p. 180).

Por último, enriquece esta edición de *El taller y la escuela* un denso apéndice que sintetiza el papel de la educación popular

en el proceso revolucionario burgués español. Tras revisar estadísticas censales en relación con el analfabetismo y de considerar el proceso secularizador de la cultura iniciado en el siglo XVIII y la instrumentalización de la lengua castellana como vehículo integrador nacional, José A. Piqueras observa que, entre 1849 y 1891, el porcentaje de escolarización en la escuela pública valenciana está en continuo retroceso mientras que «los recursos destinados a la enseñanza se alejan de las necesidades a medida que éstas crecen» (p. 188), al tiempo que el apartado escolar expresado en castellano fracasa —tanto por insuficiencias de aplicación y difusión como por la incidencia del pensamiento político-federal— en su objetivo uniformador de erradicar la lengua vernácula, que subsiste profundamente arraigada en capas populares y rurales. Pese a lo cual las tasas de analfabetismo —medidas siempre con referencia al castellano— se producen lentamente durante los años de la Restauración. No es fácil de aplicar esta circunstancia que constituye sin duda un importante indicador de la voluntad popular de modernización y de progreso, producida con cierta espontaneidad contra las abundantes dificultades del sistema. Piqueras concluye que si bien se frustró en gran medida el proyecto revolucionario de generalizar la instrucción primaria, sí consiguió introducirse como fermento en un sector popular que hasta entonces se había manifestado impermeable. El discurso mitificador de la educación mantenido hasta la saciedad por las más variadas tendencias políticas terminó haciendo de la educación un valor social indiscutible (p. 213).

El Estudio Preliminar de Enric Sebastià Domingo, maestro de una brillante generación de historiadores valencianos y coautor con Piqueras de un esclarecedor estudio de las pervivencias feudales y el origen de la ideología republicana en Valencia, constituye una sugestiva reflexión acerca del proceso revolucionario burgués español, con predominio del plano teórico sujeto a la metodología marxista que este profesor valenciano viene aplicando a sus investigaciones sobre el siglo XIX con ejemplar dedicación, por encima de modas y tendencias, desde hace más de veinte años.